

Mi adios a Eduard Valentí
(*La Vanguardia*, 2/03/1971)

Josep Alsina Clota (†) - UB

Eduard Valentí no está ya entre nosotros. Esa cruel enfermedad que lo ha tenido postrado durante casi un año ha hecho triste realidad lo que semana a semana, día a día, nos temíamos todos cuantos le amábamos. ¿Podremos imaginar, calibrar en todo su alcance, lo que representa el vacío que deja su persona? Valentí era una figura universal. Era un humanista en todo el más amplio sentido del término. Su espíritu inquieto se interesaba por todos los valores de la cultura. Estaba atento, con mirada penetrante, a los latidos del mundo de hoy sin marcar fronteras en sus intereses culturales.

La entereza espiritual de un hombre se mide por la forma en que afronta la proximidad de la muerte. Yo no puedo dejar de pensar en las visitas que le hice en los últimos meses de su terrible dolencia. Valentí me recibía con su sonrisa un tanto escéptica, porque no ignoraba, o al menos entreveía, que se hallaba cerca del fin. Y, sin embargo, pese a la profunda tristeza que me inspiraba el saber que muy pronto no estaría entre nosotros, salía reconfortado de su casa, tras mi visita. Porque nunca dejó de trabajar, ni siquiera en los últimos momentos. Llegabas junto a su cama. Varios libros estaban esparcidos en torno. Las últimas novedades en filosofía, en poesía, en filología estaban al alcance de su mano. O el manuscrito de lo que debía ser su tesis doctoral, que Valentí concluyó pocas horas antes de su muerte.

Me sentaba junto al amigo querido. Y era él quien hablaba, quien no paraba de hablar. Pero no hablaba de su enfermedad, de sus sufrimientos. No hacía de su persona el centro de la conversación, cuando hubiera sido un hecho normal, un hecho comprensible. No. Sus palabras, certeras, lúcidas como siempre, hacían referencia a todo, menos a su persona enferma: La Universidad, que le preocupaba honda-

mente; los estudiantes; los trabajos que tenía entre manos, y a los que daba los últimos toques; hablaba de poesía o esbozaba una teoría sobre un punto concreto del trabajo que le estaba ocupando en aquel momento. Y yo escuchaba, atento, absorto. E imaginaba el profundo vacío que dejaría entre nosotros...

Conocía a Valentí hace relativamente pocos años. Unos doce. Él estaba entonces en la plenitud de su madurez intelectual. Yo era un bisoño profesor universitario. Conocía algunos de sus trabajos, sobre todo sus versiones de Cicerón y de Lucrecio. Pronto nos fue uniendo una entrañable amistad. Yo le respetaba profundamente, y ese respeto fue aumentando a medida que las tareas comunes nos fueron acercando. Y me consta que el también, a su vez, me concedió su afecto.

Muchas cosas nos unían, a pesar de la diferencia generacional que nos separaba. Nos unía, por ejemplo, el hecho de que compartíamos el amor hacia Ripoll, donde Valentí, por esos azares del destino, había vivido sus años adolescentes. Yo ignoraba este hecho, esta circunstancia. Pero un día, por casualidad, recayó la conversación sobre sus años mozos, y Valentí me hizo saber que guardaba un imborrable recuerdo de su juventud transcurrida al pie del Pirineo, en mi pueblo natal. Todavía recuerdo, en ocasión de un simposio celebrado en Ripoll, la profunda emoción con que Valentí me contaba cómo había recorrido, embargado de pura nostalgia, las calles en las que habían transcurrido sus años mozos... Y ahora. Eduard Valentí ha muerto. Su mente no podrá ya aconsejarnos. Y una sensación de desaliento, de profunda tristeza embarga nuestro ánimo. Tristeza por la terrible pérdida, pero asimismo porque uno comprende cuán injusto, cuán duramente injusto, ha sido su destino. Los años en que más habría podido fructificar su espíritu estuvieron condenados a una dura esterilidad. Primero en Castellón, luego en Reus. Finalmente en Barcelona. El hombre que estaba llamado, sin duda alguna a formar toda una generación de universitarios,

estuvo marginado, casi abandonado, sólo con la compañía de un núcleo de amigos que comprendían perfectamente la enorme valía de Valentí. Y eso despierta una sensación de amargura, de irritación. ¡Estamos tan sobrados de cerebros! y sin embargo, el temple de su ánimo se mantuvo inalterado. Recuerdo que un día, al hablar de sus interminables viajes, casi a diario, de Reus a Barcelona y de Barcelona a Reus, me confeso: “Fue una suerte para mí. ¡Pude leer tanto, tanto, durante esos años!”

Y ahora Valentí ha muerto. Y le lloramos todos, sus amigos, sus discípulos, sus colegas. Hacía tres años que era profesor de la Universidad Autónoma, donde habría realizado una labor estupenda, donde habría podido colmar esa vocación universitaria que no le abandonó jamás, porque era un universitario nato. Y era académico electo de la de Buenas Letras. No podremos asistir a su entrada solemne. Pero al menos nuestro corazón siente, en medio de la profunda pena, un cierto alivio: Se le ha hecho justicia.

Mi último adios al amigo entrañable, al colega querido, al compañero inolvidable. Y mi último adios quiero dárselo con unos versos del poeta a cuya comprensión tanto había contribuido Eduard Valentí :

*Ai, la Mort, i que n'ets d'embellidora! / Aquell teu primer vel,
quan el llençares / damunt de l'hèroe en flor, tots
somriguerem / sota'ls plors estroncats, qu'una serena / va
començâ a regnâ en el pit i el rostre / del moribond. L'alè
anava i venia / suaument emperesit, fins que esperarem... / I
no tornà... Llavors esclataven / més alts els plors al Cel...
Ell ja no hi era...*⁹¹

Josep Alsina Clota (†) - UB

⁹¹ de Joan Maragall, “En la mort d'un jove” (1895)